



La paz: escena en cinco actos

Cinco versiones poéticas de la paz escritas por profesores-creadores de la Universidad enfocan la borrosa y, además, deformada imagen del otro, la evocan desde la narrativa del teatro. Un valioso recurso en tiempos de posconflicto cuando se clama por una sensibilidad bien puesta y una mirada libre de sesgos. Esta, que por ahora es una iniciativa editorial reunida por Entreletras, promete mudar de su estadio escrito a un ciclo escénico en el mediano plazo.

¿Cómo poner en circulación las nuevas imágenes de la paz? Esta es la pregunta con la que empieza y termina esta historia. Y los intérpretes, experimentados mujeres y hombres de teatro, inquietan a sus jóvenes estudiantes con cinco piezas breves en las que los invisibles lugares comunes de la guerra y las indócilas rutas de la paz son puestos a punto para la escena. Se trata de la ópera prima de un experimento editorial, y a la vez, de un ejercicio de investigación-creación. Lo primero, porque las obras están recogidas en la tercera edición de *Entreletras*, que por primera vez

publica un material no solo totalmente inédito, sino escrito por encargo a las puertas del posconflicto. Lo segundo, porque el grupo de cinco autores respondió —en el primer semestre de 2016— a la citación en expreso para reflexionar “teatralmente” sobre la posibilidad de la paz, cuando aún no se habían firmado los acuerdos con las Farc.

En un auditorio rebosado de jóvenes, en realidad excedido del entusiasmo de artistas apenas en formación, la aclamación no se hizo esperar ante las palabras de Carlos José Reyes: “hay una especificidad en el lenguaje escénico que se distancia diametralmente de un ensayo o un discurso, porque no intenta agotar el hecho, ni siquiera explicarlo; solo quizá observarlo y reelaborarlo metafóricamente, incluso más allá de la violencia y de las armas, para ponerse un instante en el lugar del otro”, durante la velada de lanzamiento de *Entreletras 3*, a finales de febrero de este año.

El gran dramaturgo e historiador colombiano, uno de los fundadores del emblemático *Teatro La Candelaria* y autor de los tres tomos de *Teatro y violencia en dos siglos de historia (2014-2016)*, hablaba en el Auditorio Fundadores de la Universidad El Bosque ante un público evidentemente inspirado. Esa tarde fue el invitado central de la presentación debido a que fue el prologuista del cuadernillo, al que aplaude por ser reflejo de la acogida que el mundo académico formal hace del teatro, mientras reconoce a sus copartidarios y docentes del Programa de Arte dramático de la Universidad El Bosque la valentía de “ponerse en tela de juicio frente a sus alumnos”.

Las cinco historias

“Tengo miedo, miedo del futuro. Lo quiero matar y no quiero... no sé cómo vivir lo que viene, no sé cómo vivir sin armas. No sé si lo puedo perdonar, no sé si me puedo perdonar [...] ¡No sé si podría vivir en otra parte que no sea mi monte! [...] Ya no sirvo ni para campesino, ¿y entonces?”

>

¹ Periodista HDEB. Docente Dpto. de Humanidades, Universidad El Bosque. Contacto: mcrojasr@unbosque.edu.co



Ilustraciones realizadas para “...Y siento más tu muerte que mi vida”

Este parlamento de Félix, comandante de un frente guerrillero en *¿La última bala?*, nos pone por un instante en el lugar de un desmovilizado: su (o nuestra) zozobra, su (o nuestro) incierto mañana, su (o nuestro) miedo a la vida en paz. Ese otro que deja las armas y ese nosotros que mide su capacidad de perdón; ese él que teme porque sabe de los juicios y prejuicios y ese ellos, que también desconfía porque no sabe cómo tramsutar su desconfianza.

“¿Y entonces?”. Se pregunta su autora Liliana Montaña Domínguez a través de Félix. Entonces el desenlace lo conjugaremos los colombianos junto con los Félix para añadir una nueva página a la historia y responder si al final fue ‘La última bala’.

Montaña, además de pertenecer a la nómina de profesores de la Facultad de Creación y Comunicación de El Bosque, es actriz



del Teatro Libre de Bogotá, tiene una amplia experiencia docente y es autora de varias composiciones teatrales, entre sus más recientes *Tamarindo dulce* y *El banquete antropofágico*.

“En Colombia se entendía el teatro como un campo reivindicativo donde se hablaba desde cierto

ángulo político; era demasiado planfletario, cosa que convencer al convencido no tenía sentido”, sostiene Carlos García Ruiz, director del Programa de Arte dramático, y abandonado de este experimento creativo y académico. Así también lo trasmite en *Ochenta años de camino*. Una retrospectiva escénica de la batalla más larga y una de las más sangrientas de la Guerra civil española, la del Ebro. Allí proyecta la decisión de desertar de una miliciana republicana y su compañero —Araceli y Pedro— y de un falangista italiano —el prisionero—. Ellos desisten a dispararse entre sí porque sería muy costoso llevar a costas la muerte de vecinos, familiares o coterráneos. A ochenta años de distancia de ese episodio, García encuentra similitudes con el caso colombiano y sobretodo, cuestiona: “¿cómo pacificar en el papel, con un estrechón de manos y la foto del momento sin una reconciliación real en la sociedad?”

Esta vez, como en los siguientes relatos, el lenguaje teatral es el mediador que remite al espectador la decisión y la reflexión sobre lo que ve; de cierta forma es provocador de sentimientos y cambios de postura. “Creo que el buen teatro no acaba cuando el público sale de la sala. Es aquel que deja un poso que le obliga a volver sobre el tema, tomar un café y hablar”, señala García Ruiz como resultado de ver públicos diversos en las veintisiete obras que ha estrenado en cir-

cuitos nacionales e internacionales, y de estudiar dirección, actuación, escritura y gestión del teatro.

El autor de adaptaciones para teatro a partir de cuentos latinoamericanos, Fernando Ospina, se sumó a esta antología original con . . . *Y siento más tu muerte que mi vida*, basada en la elegía del poeta Miguel Hernández, en homenaje a su amigo y editor Ramón Sijé. La muerte y la desmemoria son teatralizadas en el limbo en el que un hombre y una mujer quedan atrapados, tal como el olvido y la irrealidad que muchas veces embarga a los colombianos, anestesiados por sesenta años de muertos e imágenes violentas; es una naturalización del conflicto, dicen los antropólogos.

Un diciente fragmento escenifica así esta entelequia:

Alguien más debe saber que estamos muertos, que estoy muerto, que algo pasó con nosotros . . . conmigo. Con otros.

Que algo pasó con nosotros

contigo,

conmigo mismo,

con otro,

con otros. (Pausa).

¿Acaso hay alguien más?

¿Acaso hay otros?

¿Acaso alguien necesita saber?

¿Acaso alguien quiere recordar?

“El teatro no tiene todas las respuestas, pero puede ayudar a cambiar las preguntas y el problema ante una situación determinada”, advierte Carlos José Reyes. Y por lo visto, esta colección de cinco microdramas está cargada de interrogantes nuevos que permiten reelaborar la paz desde la metáfora teatral.

Muñequita linda, por ejemplo, indaga el sentimiento de los espectadores sobre dos asesinatos en un mismo lugar; uno histórico y el otro ignoto, uno importante y el otro insignificante, uno de un líder y otro de un ser anónimo: uno, el de Jorge Eliécer Gaitán y



Velada de lanzamiento de *Entre Letras 3*, febrero de 2017. De izquierda a derecha: Carlos García Ruiz, Liliana Montaña, Fernando Ospina, Felipe Rendón y Carlos José Reyes.

otro, el de una pordiosera. Ambas muertes se dan por “una bala perdida”, pero de tales contrastes están poblados los anales de nuestra violencia.

El manizalita formado en el Taller Metropolitano de Dramaturgia, Felipe Rendón, encuentra en la popular canción interpretada por voces que van de Javier Solís a Caetano Veloso, el tablado para montar la analogía de dos crímenes urbanos, que no por uno ser político, y el otro, “ordinario”, se diferencia la ferocidad de la violencia.

Y si de poner en circulación nuevas imágenes sobre la paz se trata, la riña entre Cecilia y su hermana lleva la guerra a un acto doméstico. No son militares los protagonistas, y el método no es la beligerancia castrense de gran escala, la actitud, ni la táctica caudillista; son

ciudadanas de a pie enganchadas en una discusión casera en el teatro más cotidiano de miles de familias colombianas: el inquilinato, donde la violencia se iguala en daño al que se libra en los campos. Es la sentencia de Cecilia: “¿Y sabes qué?, a partir de hoy, a partir de este momento, no eres mi hermana, irenuncio a que seas mi hermana! ¡No tengo hermana!” la que deja en entredicho la representación de las múltiples violencias, todas dañinas y con consecuencias atroces y dolorosas. Las palabras y las actitudes se vuelven mortales, tanto como las armas de la guerra combativa.

Paz en las peceras de Martha Isabel Márquez, pone en escena a Cecilia, quien se toma atribuciones sobre el pez que ella misma ha regalado a su sobrina Sofía, mientras su hermana la acusa de meter las narices donde nadie la ha llamado. La representación de dos adultos que toman decisiones inconsultas sobre el espacio de los niños por cuenta del poder físico y económico de los primeros sobre los segundos se parece al desplazamiento de comunidades campesinas e indígenas a causa de grupos armados, por cuenta de las mismas condiciones de dominio. Esa es la óptica de la violencia que se ha retratado de tantísimas formas en la historia del país.

En el fondo, las violencias están proporcionadas y se remedan, por lo menos ese mensaje queda claro con la historia de Márquez, Máster en Psicoanálisis, ganadora de



Ilustración realizada para "Ochenta años años de camino"

distinciones y becas como directora, actriz y guionista de varias obras de teatro.

El teatro cura

Sin duda, estas cinco perspectivas teatrales muestran una nueva forma de narrar la paz desde las artes, a la vez que proporcionan, de la mano de la investigación-creación, significados, atmósferas y espejos donde liberar dolores contenidos y alimentados por el miedo, la desesperanza y la apatía de sesenta años de conflicto armado en Colombia.

Bien dijo Carlos José Reyes en aquella tertulia vespertina que "entre la medicina y el teatro hay una relación muy secreta puesto que ambas se enfrentan al dolor y ambas pueden ayudar a superar los dramas humanos". El gran escritor y médico Antón Chéjov reconoció en no pocas ocasiones

que el teatro le fue más efectivo que la propia medicina a la hora de sanar dolencias, "quizá porque el teatro muestra el impacto emocional para crear un espejo crítico".

No en vano la Universidad El Bosque ofrece un diplomado en teatro terapéutico al que normalmente se inscriben, no actores, sino psicólogos, enfermeros, trabajadores sociales, víctimas, convencidos del enorme recurso del arte como sanador físico, espiritual y psicológico. "Una obra de teatro no va a devolver al marido, al hijo o al hermano muerto en un combate, pero cumple una función catártica que permite redimir profundos daños", remarca Carlos García Ruiz, impulsor del programa que ha tenido formidable acogida.

El compromiso de la Universidad con la situación actual de país se patentó en asumir la etapa del posconflicto desde su naturaleza: la academia. En educar y reeducar para la paz, pero no solo desde la reflexión discursiva, el análisis o el debate, sino con herramientas simbólicas, igualmente académicas y profundas, que ofrecen otras ventanas para asomarse y observar la nueva realidad.

Por lo pronto, la voz con todas las posibilidades expresivas del caso se entregaron a los propios docentes de la Universidad, cuyas propuestas poéticas esperan ahora la puesta en escena. *Entreletras* amplió sus obras y las puso en circulación para la lectura y disfrute de la comunidad universitaria; ahora esperan el elenco y el equipo de producción para ser estrenadas.

¡Que se levante el telón! ◆